No entra en mi propósito, ni alcanzaría mi preparación, el seguir la pista a las ninfas de que Virgilio da a continuación los nombres. Mi modesto propósito era presentar un tema característico en ejemplos de épocas diversas.

"El Pelayo" de el Conde de Saldueña

No ha merecido este poema gran atención de los críticos que, estudiando el tema de la Restauración de España, han llegado a mencionarle. Todos han convenido en que se trata de un engendro gongorino, no mal versificado y de poco grata lección. Esa calidad de gongorino, tara irredimible hasta ahora, me ha tentado más que nada a engolfarme en su lectura y a redactar esta nota.

Vaya por anticipado mi protesta de que no trato de resucitar lo que está bien olvidado; mas en este caso, detalles de ejecución y síntomas característicos de nuestro genio literario, me hacen pensar que acaso no sea tiempo perdido el empleado en redactar esta nota.

La filiación del Conde de Saldueña, como gongorino rezagado, es exacta. Evocando las glorias de Córdoba nombra al gran D. Luis con tan significativo elogio, que no es posible dejar de repararle.

> Después a el siglo, le dará, cristiano,
> en voces que, poéticas, derrama,
> un Mena dulce, un Góngora, a quien solo
> cederá el rojo asiento el sabio Apolo.

La imitación deliberada de Góngora es patente en varios pasajes, y no siempre la mesura, es preciso reconocerlo, presidió la ejecución.

> Los labios del bostezo cavernoso
> inundan de Cocito las corrientes,
> licor no brota el manantial undoso,
> líquido fuego nace de sus fuentes;
> todo el sitio se mira peñascoso
> habitado de hidras y serpientes,
> cocodrilo y caimán, las negras heces
> del pestífero río, nadan peces.
> El pavoroso cóncavo disforme...

Mas no siempre la imitación del gran cordobés produce efectos tan poco felices. He aquí en exaltada manera culterana tres caballos nó indignos de arrastrar el carro de la Poesía, aunque den pocas muestras de sentir en la boca su severo freno.

Ya en un ligero bruto, a quien dió el viento
la rapidez, si el agua con su bruma
el color la vistió de su elemento,
en la que bebió al Betis blanca espuma;
dejando atrás el mismo pensamiento
parte Pelayo, en diligencia suma,
que aun al curso de Apolo por la Esfera
atrasó lo veloz de su carrera...

—

Oprime un blanco céfiro animado,
que la Genil le bebió las dulces brumas,
y en su piel se admiró quedar cuajado
el cándido esplendor de las espumas;
tan monstruo, que aunque risco condesado
de nieve, al cisne le atezó las plumas
que en copos vierte, cuando tasca el freno;
humos exhala del relincho al trueno...

—

Desmonta un negro bruto, que animoso
la muerte solicita con empeño,
pues bebe por la rienda el belicoso
espíritu a la mano de su dueño;
de su piel es el bruto tenebroso,
y rugosas las iras de su ceño,
de Plutón le afligió el tartáreo coche
según las tintas apuró a la noche...

No se proponen estos ejemplos, como propios para la imitación: bien está para eso (los preceptistas solían elegir bien sus ejemplos), el caballo vibrante y descarnado de Céspedes, mas estos otros no son merecedores de desdén y comparándoles con una sola ojeada al sabido de todo retórico, se cae en la cuenta de lo que el gongorismo significa en nuestra poesía, con sus ilimitadas sugestiones y sus encontradas e inconfundibles calidades frente al realismo recortado y definido, camino cierto del desmayo y el prosaismo.

Los parciales encantos del poema están precisamente en su prurito culterano, mas en él reside la causa esencial de su inferioridad. Tal género de poesía, hecha de inconcretos valores, de toda especie, incluso ideológicos y sensitivos, fracasa necesariamente al querer ceñirla a tema determinado, concreto, y en este caso por añadidura histórico. Bien lo conoció su fundador que en su más característico poema, *Las Soledades,* nada propone ni concluye, siendo precisamente esta ausencia de sustancia narrable, lo que consiente que todo él sea sustancia poética. Por eso el poema *Pelayo* en conjunto es un error, mas en episodios idóneos para su manera, acierta plenamente el prócer poeta. Véase el siguiente no retrato, sino divagación sobre Hormesinda.

Era Hormesinda de Pelayo hermana,
la causa dulce de su ardiente anhelo,
beldad que desmintiéndose de humana,
animado parece breve cielo;
no compite a su frente la mañana,
ni a su cabello el que ilumina el cielo
que alba ostenta el color, el pelo rayos,
en confusión de Agostos y de Mayos.
Globos de incendio son sus bellos ojos,
de blanca luz monarcas celestiales,
a quienes rinden míseros despojos,
los albedríos entre tiernos males;
en sus dorados arcos sus enojos
corona amor, cuando fulmina tales
rayos contra los pechos, que su imperio
hizo ambición dichosa el cautiverio.
Tanto es el mar inmenso de belleza
que en la pluma no caben sus primores,
y navegando tanta gentileza,
el bajel del ingenio fluctúa errores;
no prosiga mi bárbara rudeza,
deje el pincel, arroje los colores,
que no puedo copiar tanto portento,
que hace la voluntad entendimiento.

Fuera de los espléndidos fragmentos de Espronceda, creo que este poema, aún mejor que el de Cristóbal de Mesa, es el menos malo de cuantos cantaron este tema.

El Conde de Saldueña se ciñe en su narración a la versión corriente en su tiempo.

De una segunda redacción de la crónica de Alfonso III, y no de las tardías relaciones de Don Lucas de Túy y del Arzobispo Don Rodrigo, ha probado el P. García Villada, S. J. que procede la tradición de los amores de Munuza y Hormesinda, hermana de Pelayo, y la embajada de éste a Córdoba, episodios esenciales de los primeros cantos de este poema. La misma fuente tiene la tradición de la huida de Pelayo a uña de caballo que en la obra que analizamos no es de Córdoba, sino de Munuza, a quien Pelayo acompaña en una cacería. Conforme a estas mismas tradiciones Don Opas parlamenta con Pelayo antes de la batalla y muere en ella. De acuerdo con el tono ditirámbico del poema, calcula el número de muertos en ciento veintidos mil, número muy rebajado aun en las mismas crónicas que acojen las mismas tradiciones.

Una nota puede apuntarse en el poema, en todo conforme con nuestro genio realista. La ausencia de todo elemento extraordinario y supraterreno, dando sólo cabida a un cuadro de lo sobrenatural cristiano en que Santiago, y después la Virgen, ruegan por la victoria de Pelayo, y a la eficacia espiritual del cielo católico, inclinado en contra de los mulsumanes.

No sólo el Conde de Saldueña no usa máquina alguna mitológica o fantástica, sino que prescinde de todo elemento legendario, ya que los que constituyen el argumento de su poema para él debían ser históricos. En una profecía de los reyes de España, que se encuentra en el canto III, pasaje que se prestaba al ingerto de consejas, predicciones y patrañas poéticas y legendarias, se ciñe a lo cierto y comprobado de los reinados hasta el del mismo rey Fernando el sexto, a quien está dedicado el poema.

Saca en cambio partido de algunos incidentes de la ruina de España que pudieron ser ciertos, ya que la confusión y desdichas que reflejan las páginas únicas de la crónica general que suelen llamarse del *llanto de España* autorizan a no considerar inverosímiles los más horribles episodios. De este género es el de Florentina y las monjas compañeras de su convento, que se desfiguran a navajazos los rostros para inspirar repulsión a sus violadores y mueren mártires. De un episodio análogo hizo un admirable capítulo de su magnífico poema en prosa—más que novela—*Eurico o presbitero*, el genial portugués Alejandro Herculano.